

Capítulo VI

El Santuario de Torreciudad

José Antonio Vidal-Quadras, periodista



Romería desde el Crucero.

Sí el peregrino se acerca por carretera desde Barbastro, llega un momento en que, al salir de una curva, avista Torreciudad recordada allá a lo lejos sobre una altura. Así aparece Torreciudad: como una ciudad sobre un monte, con alta torre de campanas y con un nuevo foco de luz y calor espiritual.

Un lugar de oración

Ya en la carretera de acceso al recinto el viajero empieza a ver que su actitud no puede ser la del turista o del curioso. Aparecen carteles que avisan: *Entra usted en un lugar de oración. Agradecemos que con su comportamiento, su forma de vestir y su colaboración contribuya a mantener un ambiente de piedad y de paz.*

Hay amplios espacios para aparcamientos, situados de tal modo que el bullir de los que

llegan o se van, y las maniobras de coches y autocares no alteren la paz del Santuario y de la explanada que a él conduce.

No hay allí hoteles —quedaron atrás, en Barbastro, Monzón y Graus, o más cerca, en El Grado y Naval—; no hay bares ni tiendas de objetos religiosos o recuerdos, ni vendedores ambulantes que puedan quebrar el ambiente de recogimiento: *Allí se irá a rezar* —dijo Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer—, *a honrar a la Virgen y a buscar los caminos de Dios: no a comprar baratijas. No me gusta que la casa de Dios se convierta en bazar.*

Una explanada sirve de antesala al Santuario. Es frecuente ver en ella gentes que, bajo los porches que la flanquean, meditan y rezan los Misterios del Santo Rosario, representados en azulejos sobre altares. Con frecuencia podemos encontrar algún párroco celebrando Misa para sus feligreses llegados

con él de romería. El rumor de las avemarías y oraciones de la Misa sólo se quiebra con la alegría de las campanas y de los niños que corretean y juegan con el agua de las fuentes.

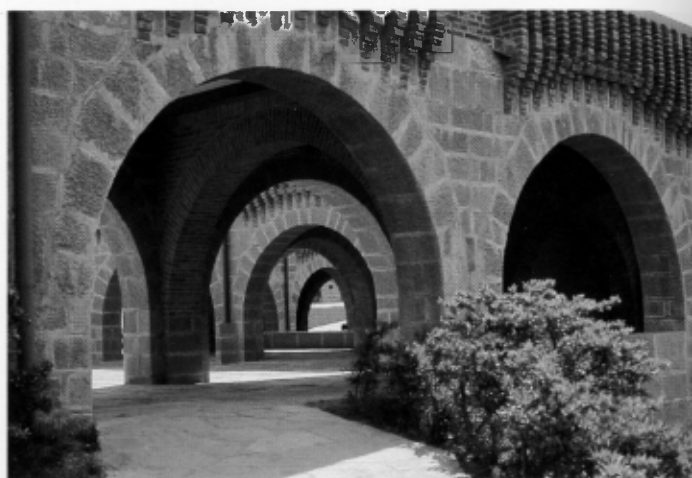
Sencillez y sobriedad

El conjunto —explanada, Santuario y edificios anejos— resulta una obra de arte arquitectónico de singulares características. Tiene la belleza de la sencillez y la sobriedad, y presenta una interpretación muy creativa de los elementos constructivos tradicionales en Aragón.

Desde los arcos de piedra —emparentados con los de algunas plazas de pueblos del entorno— que cierran, sin cerrar, la explanada y permiten ver el azul de las aguas y las cumbres nevadas del Pirineo en el horizonte lejano, hasta los ladrillos —el material más sencillo y ordinario de estas tierras—, manejados con raro arte por el arquitecto Heliodoro Dols, dan a Torreciudad una dimensión muy familiar y humana, que ayuda a los peregrinos a abrirse al silencio interior, tan necesario para escuchar la voz de Dios en las conciencias.

Horizontales y verticales

El conjunto arquitectónico está bien asentado en el suelo y, a la vez, proyectado hacia el Cielo. En un aspecto, Torreciudad está amarrado a la tierra por sus materiales, por los ladrillos, y por los elementos y formas tomados de la tipología de la región: horizontalidades en los amplios aleros de las casas que rodean al Santuario, típicamente aragoneses, y tejados que siguen las líneas del terreno, integrados en el paisaje. Sin embargo, en otro aspecto, ese firme asentamiento en la tierra —en la que puede atisbar un simbolismo de valores profundamente humanos, como el trabajo, la amistad, la lealtad, reciedumbre, sinceridad y perseverancia de sus gentes, que no retroceden si han puesto su empeño en algo—, y aquellos elementos arquitectónicos naturales se ven elevados con bravura hacia el Cielo por el impulso de dos formas que señalan la verticalidad. Una es la torre, fuerte y ágil, monumental y armoniosa. La otra, un módulo nuevo en la historia de la arquitectura: los soportes o columnas de ladrillo con forma de seta, de pequeña base,



cuyo diámetro va aumentando de abajo hacia arriba. Ellos pueden hacernos pensar, también, en la vida cristiana: en la llamada a una verticalidad cuya apoyatura terrena es necesaria pero pobre y cuyo fuste va ganando en importancia a medida que asciende.

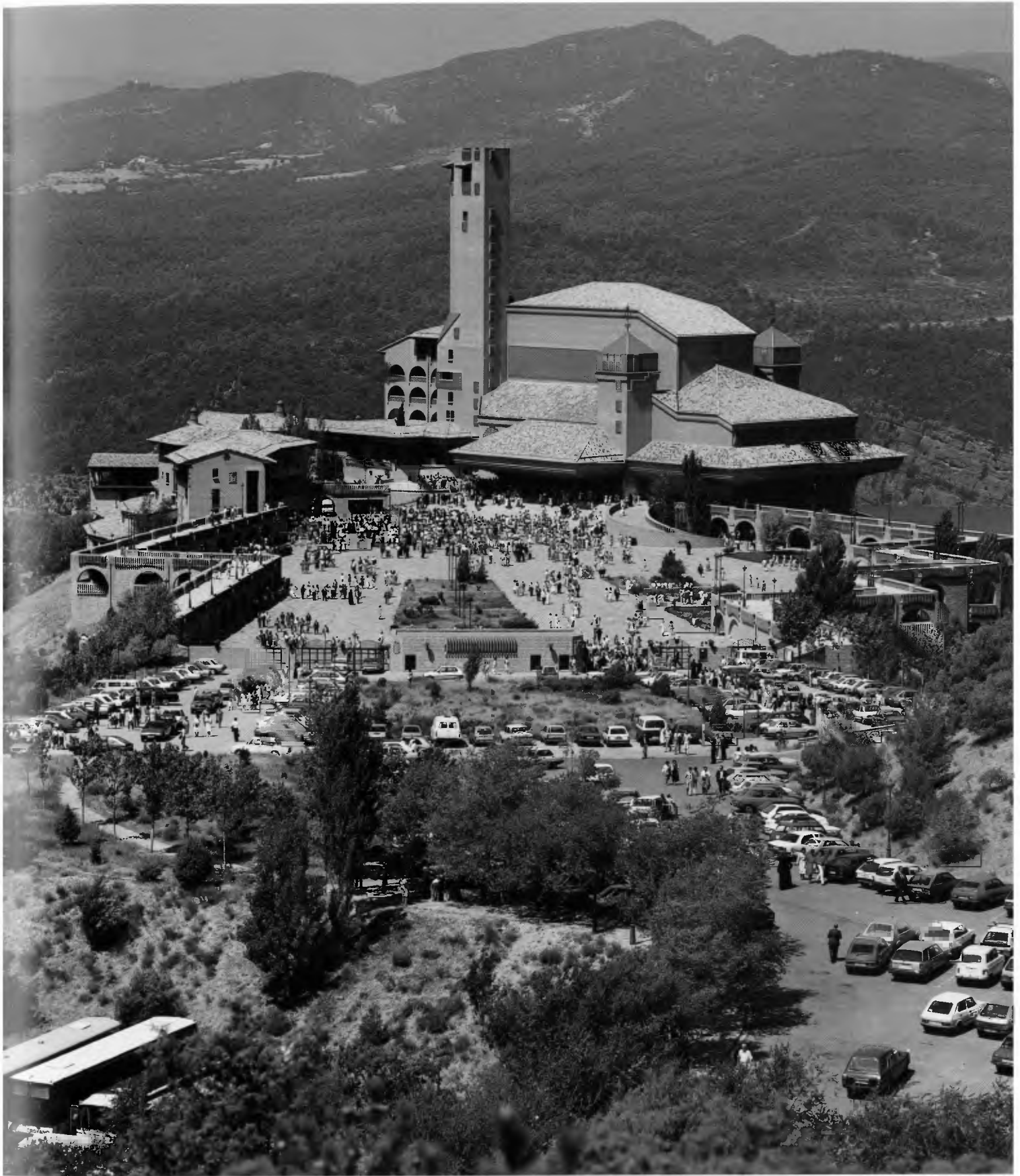
La torre

La torre es geoméricamente diferente desde todos los ángulos, distinta de todas las torres que hemos visto y tan armoniosa que aparece como natural en medio del paisaje. Este elemento de llamada —sonora y visual— es torre de campanas, que tienen nombres de advocaciones de la Virgen: las grandes se llaman Pilar y Dolores; las otras cuatro, de volteo, Montserrat, Sonsoles, Guadalupe y Fátima; y las restantes, Mercedes, Loreto, Lourdes y Amparo.

El elemento de fijación topológica —desde la lejanía se divisa y nos dice *aquí está el Santuario*—, y es señal indicadora, índice ascensional que prolonga hacia lo infinito el eje vertical del hermoso retablo que preside el interior del Santuario: eje que da sentido a todo lo allí construido, porque centra la atención de los peregrinos en los puntos esenciales de la Redención.

El interior

Dentro del templo, el peregrino no puede sino mirar hacia el monumental retablo, un conjunto artístico que merece capítulo aparte. El centro de su eje vertical está en el Sa-





grario, colocado tras un óculo elevado —para mirar a Jesús presente en el Tabernáculo hay que levantar los ojos—, que queda enmarcado magníficamente y del modo más digno por los cuadros escultóricos que llenan el retablo.

Tal vez porque la imagen para la que se construyó este templo y su retablo es del más puro estilo románico, el interior del Santuario tiene algo del espíritu del arte románico: unos muros que envuelven y acogen a los fieles; no hay allí ningún elemento de la arquitectura románica, pero flota su espíritu de recogimiento, lleva a la concentración en la vida interior de diálogo íntimo con Dios y con su Madre.

El atrio

También, del mismo modo que en las iglesias románicas la entrada tiene una medida humana y una disposición de arcos que abrazan e invitan a entrar, en Torreciudad su amplio atrio lateral, diseñado con los originales arcos formados por las *setas*, ofrece a los peregrinos varias entradas unidas, de medida muy humana; esos arcos también abrazan e invitan a entrar, con una particularidad que es muestra de consideración hacia la Majestad de los visitados, el Señor y su Madre, y delicadeza con los visitantes: éstos no se encuentran de golpe ante el Rey de Cielos y Tierra, ante el Trono de la Sabiduría, que no son vistos desde fuera. Los peregrinos hablarán con Dios y su Madre en el recogimiento interior del Santuario. Y al salir, como al entrar, podrán hacerlo sin darles la espalda.

El retablo del Santuario

Si la imagen de la Virgen de Torreciudad es un tesoro, el retablo es otra joya, una sinfonía de figuras, ideas y formas que envuelven con su armonía a la Virgen y a su Hijo.

La función del retablo es subrayar el carácter sagrado del altar, sobre el que se renueva el Santo Sacrificio del Calvario. Enriquece la solemnidad del presbiterio y proporciona un marco de imágenes y escenas de la vida de la Santísima Virgen María, que son una catequesis gráfica, pletórica de belleza y contenido doctrinal. Su carga emotiva va mucho más allá del lenguaje escultórico y arquitectónico: sirve para adentrar al peregrino en los misterios de la vida de la Virgen, vivida en unión con su Hijo, Jesucristo.

El conjunto está inspirado en los retablos tradicionales de las más importantes iglesias y catedrales de Aragón, que muestran las obras de los grandes maestros como Forment. Igual que en aquellos retablos del siglo XVI, en Torreciudad las figuras y elementos ornamentales están esculpidos en alabastro, un material muy abundante en el nordeste español, más duradero que la madera, casi tanto como el mármol y más económico, muy bello y fácil de trabajar.

Su composición

El retablo tiene forma de tríptico. En la base de la calle central está el camarín que muestra la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad; sobre ella, la escena de la Crucifixión; encima, el Óculo Eucarístico con el Sagrario; y en lo más alto, la Coronación de la Virgen por la Santísima Trini-

dad. En la calle de la izquierda del retablo, de arriba hacia abajo —sigue un orden cronológico—, las escenas de los Desposorios de Nuestra Señora con San José, la Anunciación del Ángel a María y la Visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel. En la calle derecha, en orden descendente, la Adoración de los pastores en Belén, la Huida a Egipto y, en el piso inferior, el Taller de Nazaret.

En los montantes están esculpidos Patronos e Intercesores del Opus Dei. De izquierda a derecha, arriba, Santo Tomás Moro, San Pío X, San Nicolás de Bari y el Santo Cura de Ars; los Arcángeles San Miguel y San Gabriel, y los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en medio; más abajo, el Arcángel San Rafael, el Apóstol San Juan, el Ángel Custodio y Santa Catalina de Siena.

El escultor

Este retablo es la obra maestra del escultor catalán Juan Mayné, nacido en 1929, profesor de Escultura en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, de Barcelona. El año siguiente al fallecimiento del Fundador del Opus Dei, le hice una entrevista¹, en la que me contó:

Cuando hacía en barro los distintos elementos del retablo tenía en la mesilla de noche el libro de homilías de Mons. Escrivá de Balaguer y las leía con avidez. Pensé mucho en él. Quería cazar su idea, el mensaje que quería dar con el retablo. «Decidme algo de lo que dice el Padre», les pedía a los que dirigían las obras del Santuario. Los arquitectos César Ortiz-Echagüe y Manuel González-Simancas me explicaron que Monseñor Escrivá de Balaguer quería que tuviese la suficiente fuerza y belleza para que quien lo viese se admirase e hiciese oración. Busqué que tuviera un impacto potente y, como era para la Virgen, que es la sencillez, la amabilidad, la dulzura y la delicadeza, tenía que armonizar las dos cosas: dar fuerza a las figuras, y una estructura muy plácida ordenada en doseles, montantes, para apaciguar y quitar dureza.

Mayné me confió que en su vida había hecho mucho arte sacro y que siempre, antes de empezar una imagen, pasaba horas haciendo oración hasta encontrar la idea. Y me decía:

¹ Un trozo de mi vida, *Mundo Cristiano*, núm. 161, junio de 1976, pp. 52-53.

Leía las cosas del Fundador del Opus Dei y esto me ayudaba, mientras modelaba, a conseguir lo que él quería: que las imágenes inspirasen devoción y llevasen a rezar, y que todo el retablo fuese una catequesis en piedra de alabastro como los retablos de Aragón.

Cuando llegó el momento de hacer la figura central del retablo, el Cristo, me había trasladado de mi estudio al taller del marmolista, para estar más cerca de los sacadores de puntos y poder orientarles en su trabajo. Estar allí tenía el inconveniente de traajar con el ruido continuo de los compresores y martillos, lo que dificultaba mi concentración. Por eso decidí modelar el Cristo por la noche cuando me quedaba solo en el taller, para gozar de silencio. Mientras mis dedos acariciaban el barro dando forma a la faz de Nuestro Señor, cerraba los ojos..., estaba allí., y se me erizaba el cabello de emoción.

Tuve que cumplir plazos —continuaba—, ir contra reloj, y si no hubiera sido por otro arquitecto, Juan Ignacio de la Vega, con el que hablaba mucho, hubiera abandonado. A veces me pareció que esta obra era superior a mis fuerzas. Lo era. Pero ha salido... Cuando acepté el encargo no sabía en qué me metía.

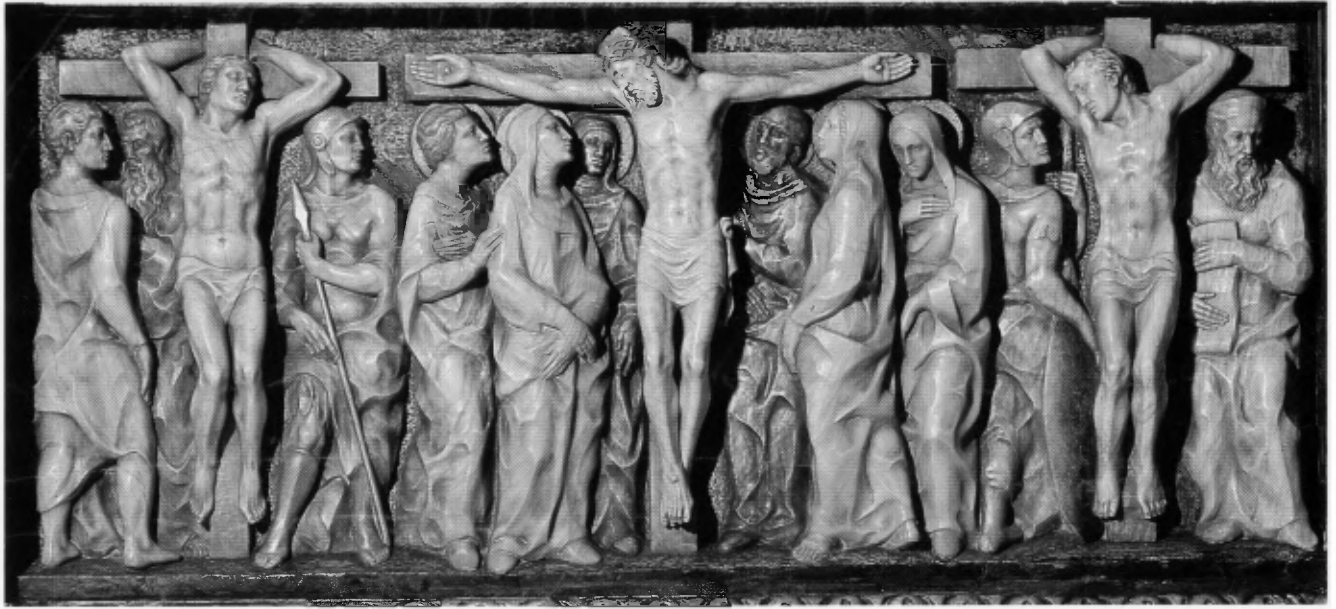
Dios ve lo escondido

En las fases tanto escultórica como de policromía, tuvo la ayuda y el asesoramiento de Coll, otro escultor catalán. Y la familia Juliá, de Gélida (Barcelona), realizó la policromía del retablo. En ella lograron la difícil levedad necesaria para dar color a las figuras sin alterar las líneas labradas por el escultor; un trabajo paciente y cuidado, incluso en aquellos detalles que nadie ve desde el suelo. Uno de los Juliá me dijo: *Lo escondido lo ve Dios; esto se ha de sentir y se hace bien hasta lo que no se ve desde abajo. Es cuestión profesional: no estamos decorando muñecos de feria, ¿me entiende?*

Son verdaderos artistas que trabajaron con gran ilusión en los andamios hasta que, terminado el retablo e instalada la iluminación, oyeron satisfechos la exclamación de los escultores: *Esto es un sueño.*

El altar

El altar del Santuario es exento, cara al pueblo, y su frontal representa la escena del



Frontal del altar mayor.

Calvario y es obra de Juan Mayné. El Fundador del Opus Dei consagró este altar el 24 de mayo de 1975, e introdujo junto a las reliquias de los Santos Plácida y Justino, un acta en la que renovaba el deseo de que Torreciudad sea un lugar de conversión personal y de encuentro con Dios para muchos miles de personas.

Poco tiempo después, en el verano de 1975, se colocaron las reliquias del mártir San Sincero en el pie de este altar mayor.

El crucifijo y los candeleros del altar han sido realizados por Xavier Corberó, en latón, con figuras de marfil y esmaltes adosados.

Capilla del Santísimo

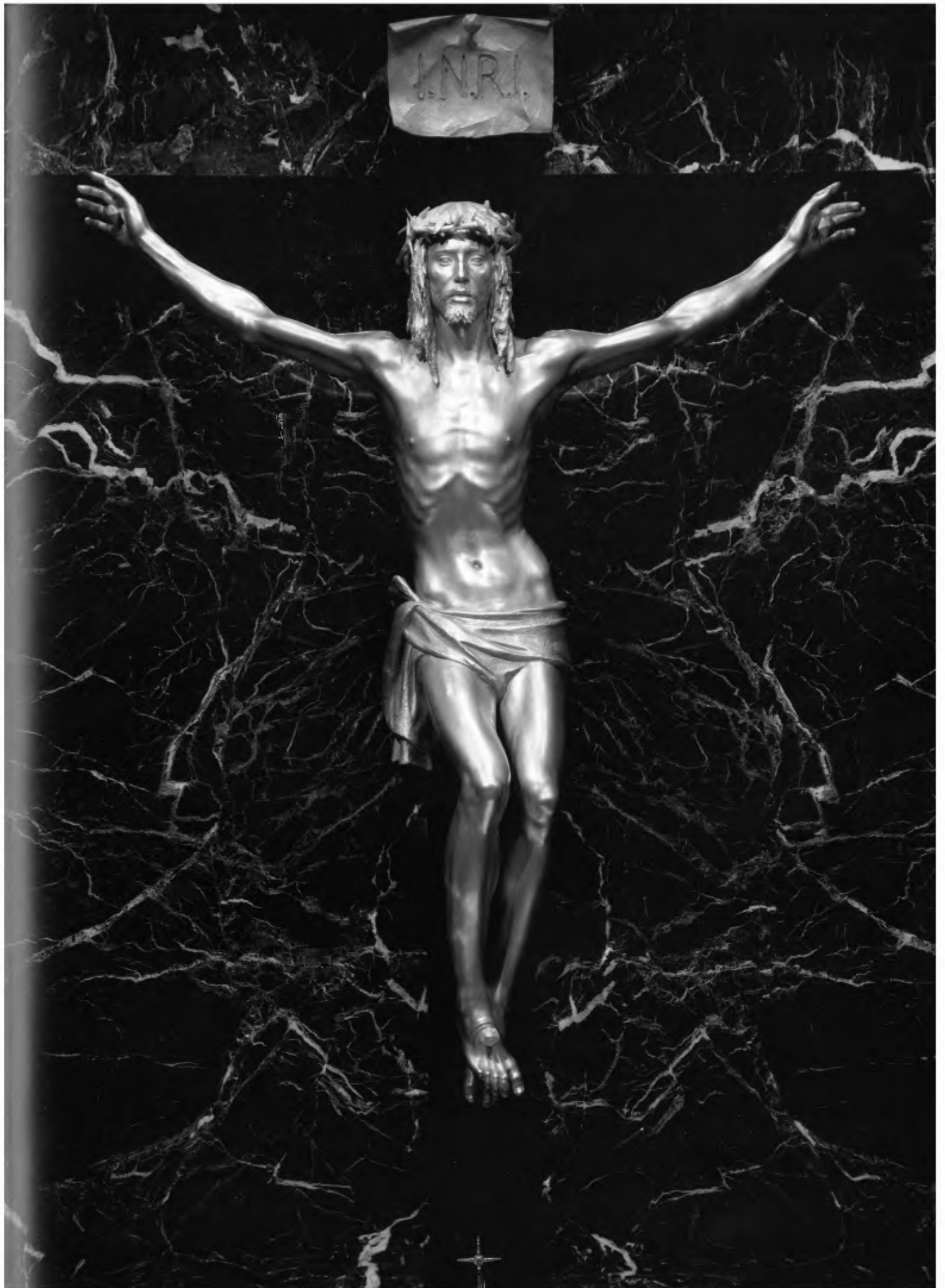
A la izquierda de la nave, en la Capilla del Santísimo, se venera un Cristo en la Cruz, en bronce dorado, que es obra del escultor italiano Pasquale Sciancalepore. Es un crucifijo de 1,80 metros de altura, se representa un Cristo que no está muerto todavía, que no tiene la lanzada en el costado y nos mira. Fue regalado a Torreciudad por Mons. Escrivá de Balaguer, que quiso representarlo así, para facilitar la oración y la conversión personales, fruto de la contemplación del sereno sufrimiento de Cristo por los pecados e infidelidades de todos los hombres.

A sus pies, a cada lado del Sagrario, hay dos cartelas circulares, con dos inscripciones de bronce y esmalte. A la izquierda, mirando al Sagrario, están escritas las palabras del Evangelio de San Juan: *Et Ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad Meipsum* (Ioan XII, 32). (Y Yo, cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí.) Es un versículo que *vino a mi pensamiento* —escribió el Fundador del Opus Dei en 1931—, *con fuerza y claridad extraordinarias*. Por este medio supo que *serán los hombres y las mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con la doctrina de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana...*

La invocación de la otra cartela contiene también palabras del mismo Evangelio. Son palabras que expresan el amor y el espíritu de penitencia de San Pedro, después de las negaciones: *Domine Tu omnia nosti: Tu scis quia amo te* (Ioan XXI, 17). (Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo.)

El Santo Cristo está enmarcado en un retablo, de estilo clásico en mármol, con aplicaciones de latón fundido.

Capilla del Santísimo. Santo Cristo en bronce dorado.





Capilla del Santísimo.

Paso del medallón

Una imagen de la Virgen —en relieve y de metal plateado— colocada en el centro de un retablo, que es copia del retablo del altar de la iglesia de San Cosme y San Damián (Burgos), evoca recuerdos entrañables a los peregrinos de Torreciudad.

Esa imagen es la que antiguamente se llevaba por las casas de los pueblos del entorno; está enmarcada en rayos luminosos y con 23 ángeles. A sus pies el sello de Torreciudad y en una cartela, las palabras *Aedamus cum fiducia ad thronum Gloriam ut misericordiam consequamur*: (Acudamos con confianza al trono de la Gloria —que es Santa María— para conseguir misericordia). Alude, por tanto, este texto a la segura intercesión de la Madre de Dios ante las peticiones confiadas de sus hijos, moviéndoles a la conversión.

Una lápida en el paso del medallón conmemora esta devoción multiseccular: *Preside este retablo la imagen de la Santísima Virgen que los santeros de la ermita llevaban por los pueblos cercanos, durante siglos,*



Capilla del Santísimo. Sagrario.

para que todos los habitantes de la comarca que rodea Torreciudad venerasen a nuestra Madre y Señora, Reina de los Ángeles. El Fundador del Opus Dei oró ante esta imagen en la romería que hizo el 7 de abril de 1970, después de rezar el Santo Rosario, andando descalzo desde el lugar en que se ha erigido el crucero de la ermita.

El retablo es fiel reproducción del que existe en la iglesia de San Cosme y San Damián, de la ciudad de Burgos, donde Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás celebró con mayor frecuencia la Santa Misa en el año 1938.

En la parte alta del retablo hay otra hornacina más pequeña, en la que está pintada la advocación de Torreciudad: *Domina nostra ac Mater nostra, Turris Civitatis, Regina Angelorum. Ora pro nobis.*

Al pie de este retablo, enmarcado en mármol verde, está el medallón que besan los fieles para venerar a la Santísima Virgen. Es el mismo medallón que antiguamente estaba sujeto a la imagen con una cinta y era también besado por los romeros. Ahora está enmarcado con un bonito bronce que le da re-



Frontal del altar de la Capilla del Santísimo.

lieve y que tiene también inscrita la advocación del Santuario.

En el basamento de mármol verde se puede leer esta explicación: *El Fundador del Opus Dei dispuso que, al entronizar a Nuestra Señora de Torreciudad en el retablo de su nuevo Santuario, se colocase también aquí este antiguo medallón para que los peregrinos pudieran besarlo devotamente, siguiendo así una piadosa y tradicional costumbre de este lugar.*

Otra inscripción, en letras de metal sobre mármol, explica al peregrino el origen y los fines del nuevo Santuario:

Entre los años 1970 y 1975, con la ayuda generosa y sacrificada de miles de personas, se levantaron estos edificios, fruto del inmenso amor que, a la Santísima Virgen, profesaba Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Primer Presidente General del Opus Dei. Al mismo tiempo, se restauró la venerada imagen de Nuestra Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles, devolviéndole su aspecto original, que había sido deteriorado por el paso de cientos de años. Monseñor Escrivá de Balaguer quiso, al promover la construcción de este Santuario en honor de Nuestra Madre y Señora de Torre-

ciudad, Reina de los Ángeles, que se fomentara la devoción a Nuestra Madre del Cielo, para que nos alcance, de su Divino Hijo, la gracia de una conversión profunda y duradera.



Medallón.



El altar barroco que tenía el retablo de San Cosme y San Damián está reproducido también: es el altar de la capilla de Nuestra Señora del Carmen, que está en la parte izquierda del coro del Santuario, encima justamente del atrio de entrada al templo.

Salón del Sagrado Corazón de Jesús

Una pintura del Sagrado Corazón de Jesús, obra de Federico Laorga, preside el Salón contiguo al paso del Medallón. El cuadro es una alegoría que tiene en el centro un Corazón de Jesús herido por la lanzada, y sobre él, la Cruz y la corona de espinas. Alrededor del Corazón, una explosión de rayos luminosos, y todo rodeado por cabezas de querubines. Sobre el Corazón, el Espíritu Santo, en forma de paloma, y en lo alto, entre nubes, aparecen las manos del Padre Eterno. Un coro de ángeles, con instrumentos musicales, alaban y glorifican a la Trinidad Beatísima y a la Humanidad Santísima del Señor: *Igné veni mittere in terram.*

En el primer término del cuadro, dos ángeles tenantes portan sendas inscripciones. La de la izquierda conmemora el momento en el que Mons. Escrivá de Balaguer determinó que se encargara la pintura: *Hispani / Die V maii MCMLXVII / Conditor Operis Dei / Sua ergo cor Iesu Sacratissimum et Misericors devotione motus / Hanc imaginem pingere fecit.* (En Sevilla, el día 5 de mayo de 1967, el Fundador del Opus Dei hizo pintar esta imagen, llevado por su devoción al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.)

El ángel de la derecha muestra un pergamino en el que está escrito: *Romae / Die II iunii MCMLXVII / in festo Sacratissimi Cordis Iesu / Conditor noster / hanc imaginem in sacellum / ibi nunc extat / turriscivitatís transferi iussit.* Se alude al 2 de junio de 1967, solemnidad del Sagrado Corazón, día en que el Fundador del Opus Dei señaló que esa pintura se colocase en Torreciudad.

En la parte inferior del cuadro hay una vista panorámica del Santuario y Ermita y, en una cartela, en la parte baja del marco, la jaculatoria *Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!* (Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús, ¡danos la paz!), en recuerdo a la consagración de la Obra al Corazón Sacratísimo de Jesús, hecha el 26 de octubre de 1952, fiesta de Cristo Rey. Y

en el interior, en las rejas de los balcones que asoman en este salón, se puede leer la jaculatoria *¡Alma, calma!*

Órgano de tubos

El Santuario cuenta con dos órganos de tubos: uno grande, con tres teclados manuales y pedalero, y otro de coro, de un solo manual y pedalero. Éste dispone de consola propia, mientras que la consola general —situada en una tribuna lateral cercana al presbiterio— permite unirlos formando un único instrumento de cuatro teclados y pedalero.

El órgano se compone de 4.072 tubos: 258 son de madera de roble, Oregón o pino de Flandes. El resto de los tubos es de metal, generalmente estaño aleado con plomo. Tiene, además, 25 campanas tubulares.

Han sido construidos en Collbató (Barcelona) por Gabriel Blancafort, maestro organero, que realizó también la armonización.

Los cimientos

Hablando de la devoción a la Virgen, en Belén (Brasil), dijo Juan Pablo II a propósito de los santuarios: *En tales lugares de gran afluencia de fieles ocupará siempre un lugar primordial el Sacramento de la Penitencia, momento privilegiado de encuentro con Dios, principalmente cuando es ayudado por la caridad disponible de los ministros del confesonario.*

En Torreciudad, los confesonarios ocupan un lugar básico: constituyen el fundamento, los cimientos de todo lo demás. Y hay siempre sacerdotes disponibles para administrar el Sacramento de la Penitencia.

Desde el atrio del templo, una rampa circular conduce directamente hasta la entrada de la Cripta, donde hay 40 confesonarios repartidos en tres capillas, dedicadas —en cuidadas representaciones en mosaico— a Nuestra Señora de Loreto, la Virgen del Pilar y Nuestra Señora de Guadalupe.

Estas tres advocaciones marianas suponen hitos muy señalados en la vida de Monseñor Escrivá de Balaguer y, por tanto, en la historia del Opus Dei. La Virgen del Pilar recibió las oraciones del entonces joven seminarista cuando, en sus años de estudiante en Zaragoza, barruntaba la Voluntad divina que le



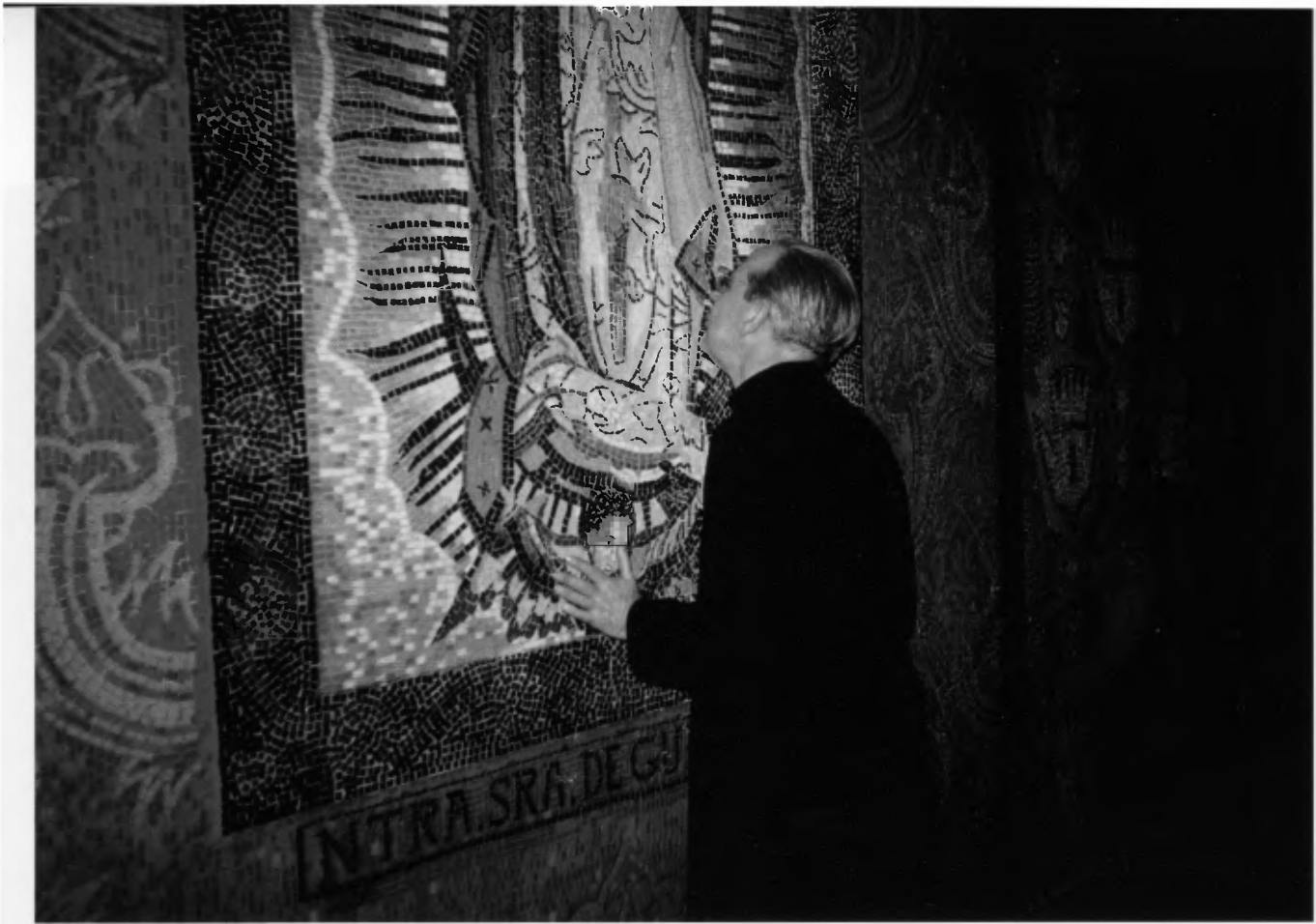
Cuadro del Sagrado Corazón, obra de Federico Laorga.



Cripta de Confesonarios. Capilla de la Virgen de Guadalupe.

llevaría a fundar el 2 de octubre de 1928 este nuevo camino de santidad en medio del mundo. Nuestra Señora de Loreto (Italia) rememora momentos de especial gravedad de la historia del Opus Dei, que llevaron a su Fundador a consagrar la Obra al Corazón Dulcísimo de María, el 15 de agosto de 1951, en la Santa Casa de Loreto. Hay dos lápidas junto al mosaico de la Virgen de Guadalupe: la de la derecha recuerda la oración confiada del Siervo de Dios, que durante diez días — mayo de 1970— acudió en romería para rezar in-

sistentemente por la situación del mundo y de la Iglesia; y por la definitiva configuración jurídica del Opus Dei, culminada el 28 de noviembre de 1982, al erigir Juan Pablo II esta institución en Prelatura personal; la de la izquierda rememora el viaje a México, en 1983, del Prelado del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, para postrarse a los pies de la Virgen de Guadalupe en hacimiento de gracias por haber escuchado la oración filial de Mons. Escrivá de Balaguer en el viaje romero de 1970.



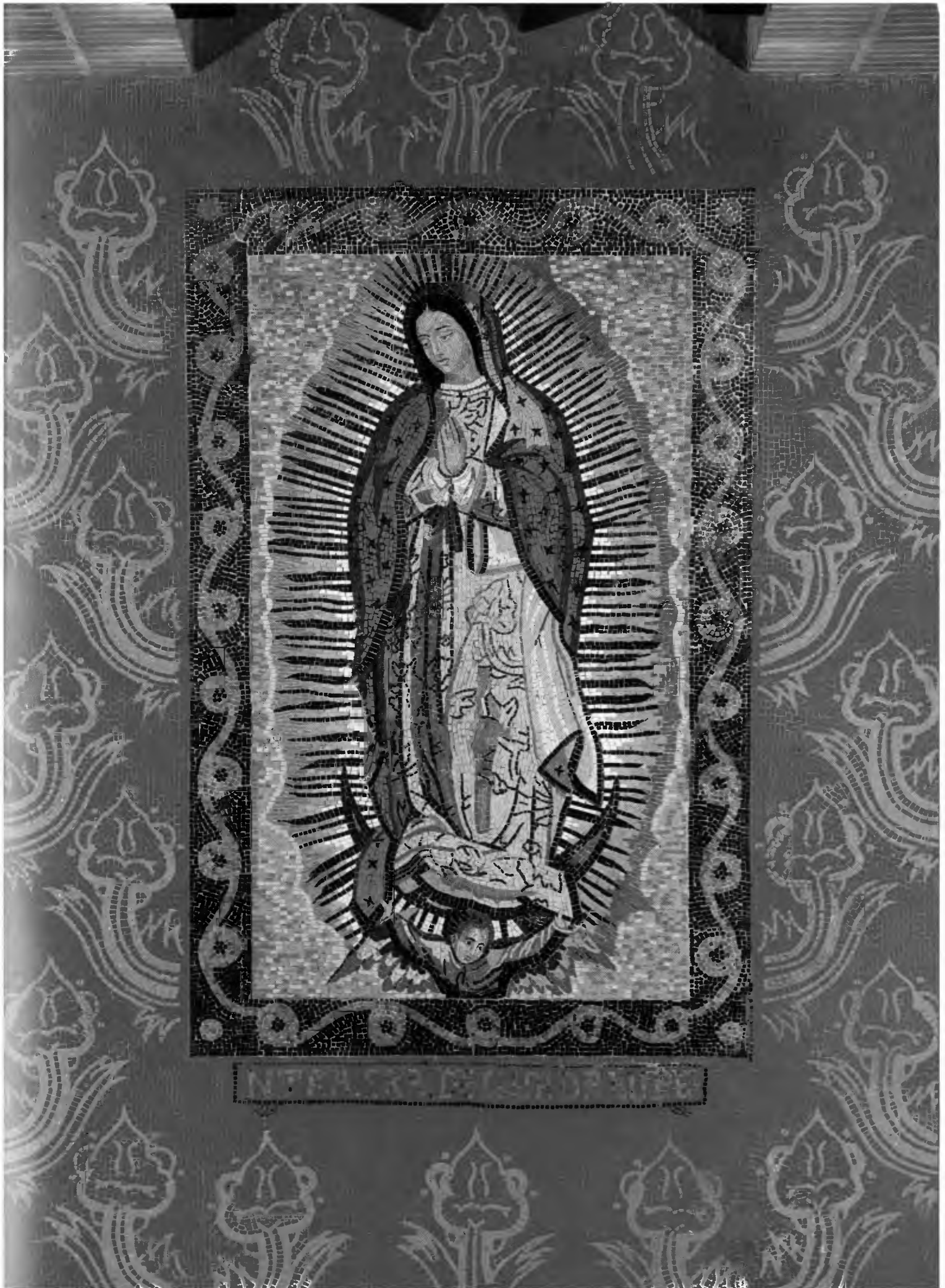
Monseñor Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei, besa el mosaico de la Virgen de Guadalupe (28 junio 1977).

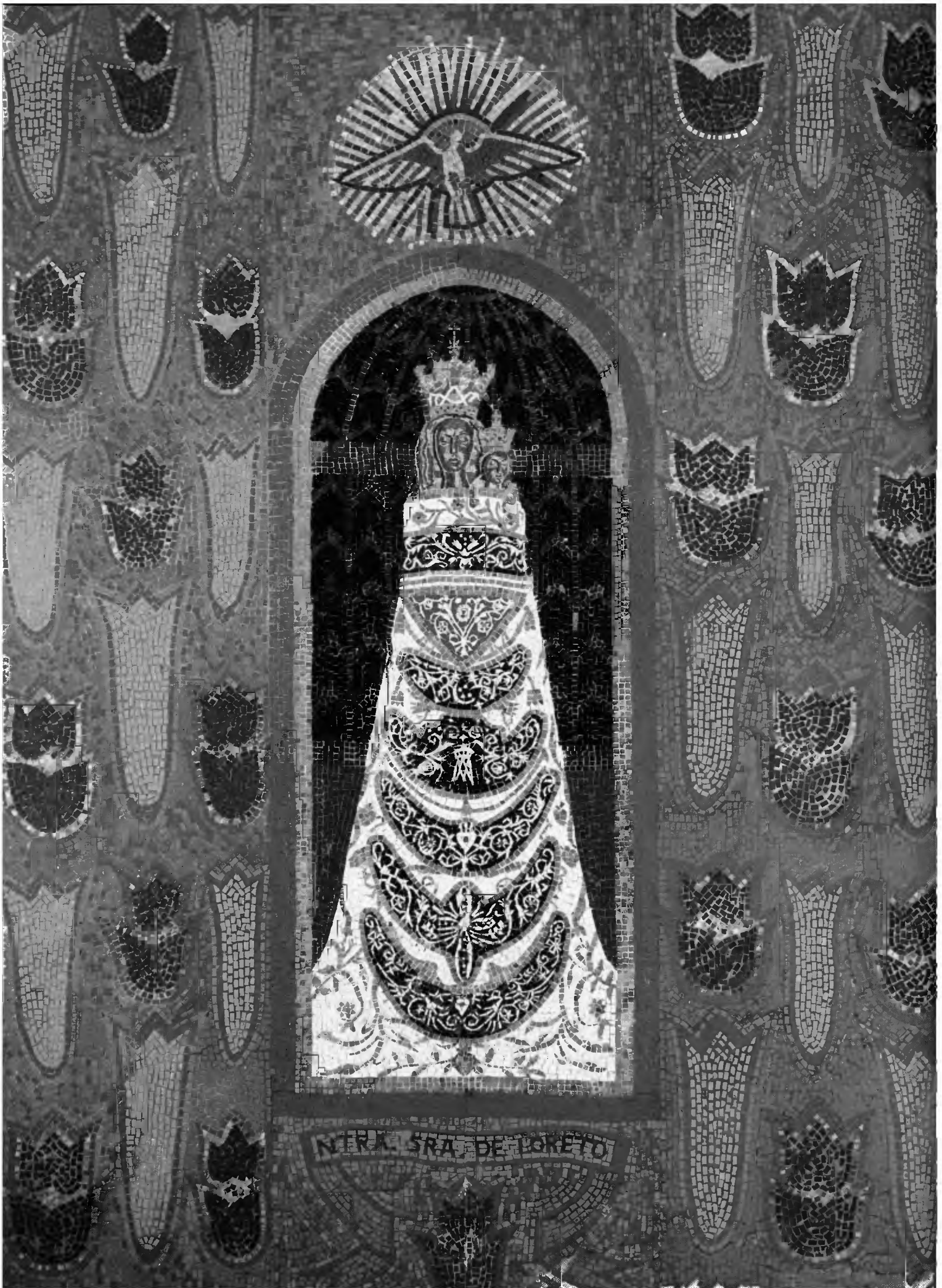


Lápidas conmemorativas.



Mosaico de la Virgen de Guadalupe.









Aspecto de la Capilla de la Sagrada Familia.

La Cripta cuenta también con una cuarta capilla dedicada a La Sagrada Familia. De planta circular, aparecen representadas en el mosaico diversas escenas de Jesús, María y José, de ambiente muy familiar. Como las otras capillas, ésta se utiliza frecuentemente para pláticas, meditaciones y otras celebraciones, como aniversarios, acontecimientos familiares, etc.

Explanada

A la izquierda del atrio de entrada al templo, y visible desde todos los puntos de la explanada, está el altar para celebrar la Santa Misa y otros actos eucarísticos en grandes peregrinaciones. En el frontal del altar puede leerse la jaculatoria *Sancta Maria, filios tuos adiuva!* (Santa María, ¡ayuda a tus hijos!). A la izquierda de este altar se encuentra una



Reproducción en bronce de Ntra. Sra. de Torreciudad, junto al altar de la explanada.



reproducción en bronce de la imagen de Nuestra Señora de Torreciudad, de mayor tamaño que la talla original situada en el retablo. A la derecha hay una campana con una lápida cuyo texto recuerda la fecha fundacional del Opus Dei, el 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Ángeles Custodios:

Durante la mañana del día 2 de octubre de 1928, mientras volteaban ésta y las demás campanas del templo madrileño de Nuestra Señora de los Ángeles y subían al Cielo sus tañidos de alabanza, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer recibió en su corazón y en su mente la semilla divina del Opus Dei. En el mes de octubre de 1972 esta campana fue ofrecida a nuestro Padre, y dispuso que se colocara en este lugar para que su repique de júbilo acompañe al Señor siempre que en este lugar se celebre el Santo Sacrificio de la Misa. Gloria a Dios y a su Madre la Virgen.



Ofrenda de velas

Bajo el último arco de los soportales sur hay una representación de la Virgen de Torreciudad en cerámica, ante la que se puede hacer la *ofrenda de velas*. También pueden ofrecerse velas en la Ermita.

Fuentes de agua

Dentro del recinto de Torreciudad se ven abundantes fuentes de agua, de diseño original, con grifos que recuerdan el estilo modernista de la Barcelona de comienzos de siglo. De allí se obtuvieron.

Cada fuente tiene cuatro grifos dispuestos de manera que los peregrinos puedan beber con comodidad. Entre los grifos figura el sello del Santuario, alternando con una inscripción que dice: *Agua natural potable*.

Este texto tiene su origen en una carta del Fundador del Opus Dei, dirigida a sus hijos de España el 17 de junio de 1967: *Me gusta beber con devoción de hijo de Santa María*

el agua, que mana abundante en Lourdes, en Einsiedeln, en Fátima, pero en Torreciudad, dondequiera que pongamos agua para saciar la sed de los fieles, irá un cartel que diga clara y terminantemente: «agua natural potable».

Y continuaba señalando la verdadera fuente de gracias espirituales: *La de esa Madre mía, nuestra, que nos aguarda en aquellos riscos, será agua como un manantial fresco y vivo que manará sin cesar hasta la vida eterna.* Los milagros que esperaba de la Virgen eran de otra índole: *Serán muchos, frequentísimos y pasarán escondidos sin que puedan hacerse estadísticas.*

Ofrenda de velas.





Galerías de Misterios del Santo Rosario

El rezo y contemplación de los Misterios del Santo Rosario suele hacerse en Torreciudad siguiendo las representaciones en cerámica de los 15 Misterios, obra del artista José Alzuet y pasados a la cerámica por Palmira Laguéns.

Diez se encuentran bajo los soportales de la explanada: a la derecha, entrando en el recinto, cinco altares con los Misterios de Gozo, y a la izquierda, con los de Gloria. Debajo del Santuario, junto a la Cripta de los confesonarios, están los altares con los Misterios de Dolor.

El diseño de los mosaicos es un dibujo de corte clásico, con figuras ligeramente estilizadas, pero bien marcadas las líneas del contorno de las figuras. Los colores son acordes con el contenido de los Misterios: más oscuros los tonos en los Dolorosos, más serenos los de los Misterios de Gozo y más vivos y alegres los de los Gloriosos.

En los Misterios Gloriosos, una lápida recuerda:

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albas, Fundador y Primer Presidente General del Opus Dei, llevado por su amor a la Virgen María y a nuestro Padre y Señor San José, dispuso que se colocaran estas representaciones de los quince Misterios del Santo Rosario, y también la de los Dolores y Gozos del Santo Patriarca, con el fin de que quienes acudan a este Santuario, al contemplar con espíritu de oración esas escenas de la vida de Jesús, María y José aumenten su devoción a la Sagrada Familia.

El Rosario se reza diariamente en el Santuario. En mayo, octubre y otras fechas señaladas, el rezo se hace en romería desde el crucero, situado a un kilómetro, en la carretera de acceso a Torreciudad. Este crucero —donado por una familia de la zona— recuerda el punto de comienzo de una romería a la Virgen que Mons. Escrivá de Balaguer rezó el 7 de abril de 1970. Grabado en la base del crucero, el peregrino puede leer: *In memoriam peregrinationis diei VII mensis aprilis anni domini MCMLXX.* (En memoria de la peregrinación del día 7 del mes de abril de 1970).



Inscripción en la base del Crucero.

Crucero.



© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.